

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

LAS TRAVESURAS DE MARÍA

Era temprana la mañana cuando el desprevenido visitante llegaba al bullicioso y confluído parque del sordo, un monumental mole de concreto y asfalto, donde en sus mugrientas y descuidadas bancas se sienta la vida pueblerina de una tierra ambivalente y discreta. De culebreros, naranguagueros, vendedores remolones y gatunos y desempleados holgazanes, pícaros como desvergonzados, ubicados en el corazón girasol del pueblo de imaginación.

Apenas hubo respirado el aroma penetrante de la vida pueblerina, irremediablemente descubre que no lleva los zapatos bien lustrados a causa del inclemente polvorín, que levantan las hiervas huracanadas que azotan continuamente las calzadas descuidadas, de aquellas calles pedregosas y soñolientas.

Se le acerca con pasos cortos y taciturnos, un anciano embolador y entonces con gestos bondadosos y un poco de picardía lo gradúa de doctor. Mira de reojo al atosigado cliente, quien sorprendido por tanta amabilidad se percata de que en realidad sus zapatos no están completamente sucios. El anciano mosquitero observa insistentemente los calzados y el usuario sin importarle la prisa que

lleva, por llegar a su destino y con algo de burgués se sienta descaradamente en una banca, mientras el anciano aprendiz se dispone a embadurnar los zapatos. A medida que el anciano inexperto le iba embadurnando por completo las medias nuevas, adquiridas a crédito, el cliente tuvo que sacudirse de la nube de vendedores de tinto quienes a regañadientes se alejaban rápidamente del sitio vociferando en voz alta maldiciones contra la fortuna de embolador.

El anciano en medio de salivazos y bostezos del cliente, como para mediar un poco su metida de pata, inicia sus narraciones y anécdotas fantásticas sobre una señora que está sentada sarcásticamente a pocos pasos en una silla de ruedas y que parece vivir en un estado de somnolencia.

- Mire míster! Esa anciana achacada y bonachona que usted observa con ingenuidad graciosa, de pelo entrecano y corto al estilo militar, ojos saltones, pero adormecidos, nariz larga como bastón de paraguas, de cuerpo curvado y enfermizo, que en antaño fue endiabladamente escultural, es la nieta de una señora prostituta y mal hablada.

- "La solterona acaba hombres"! así le llamábamos cariñosamente los muchachitos enamoradizos y mamadores de gallo, cuando le veíamos con su traje de cumbiambera adornado esbeltamente con resplandecientes lentejuelas, flores naturales y encajes de colores extravagantes, las abarcas trespuntá, su gorro militar, la mochila de fique terciada vulgarmente al hombro, su tabaco de fabricación casera, embutido hasta el fondo de su boca, la cual parecía castillo

de ferias pueblerinas a causa de la cantidad de chispas y humo que desprendía semejante tizón y su calabazo "candongo" a reventar de chicha de maíz fermentado, sostenido increíblemente sobre su espalda, atado con tiras de trapos viejos y harapientos, en medio de bullicio y la algarabía, bailando alegremente al son de chichín alrededor de un desvalido cumbión.

De esa virtuosa hembra conservo muchas anécdotas reales que adornaré con la fábula mágica de un aprendiz escritor que tiene que bregar con sus mentirillas para sobrevivir en este mundo de gente picara y remolones hurañas y gatunas.

Hubo una época donde la misia hizo creer a todo el mundo que sus desvanes de locuras no tenían remedio, que la señorona solo pensaba tonterías y trivialidades. Viviendo en un mundo extraño, en la orbita, con sus devanes ridículos, chistosos y muchas veces indiscriminante.

Hace poco tiempo cuando murió el sepultero de física hombre porque la gente no quería dejar este mundo de picaros, acabándose las propinas que recibía por su penosa labor, la Misia desde la tarde anterior bebía desenfrenadamente en un prostíbulo de mala muerte en compañía de unos individuos sodomitas y culebreros. Cuando el féretro a hombros de los deudos avanza lentamente por la calle de apariencia solitaria, pero de chismosos camuflados detrás de las abigarradas paredes, escudriñando con recelo a través de las rendijas, la Misia inesperadamente apareció trastabillando del otro lado con una descomunal escopetón muy anticuado atenazado fuertemente en sus manos. En medio de su

borrachera y bajo el asombro de los estupefactos acompañantes, la Misia en tono amenazante, hizo que los deudos arrastraran el ataúd hasta el sitio donde se lleva a cabo un fandango.

Sin dejar de intimidar a los presentes con su artefacto, se colocó la estola, el pelliz y la sotana que había hurtado con anterioridad del cuarto del cura párroco y bajo las balandrotas de algunos inconformes que alegaban entre dientes contra aquella ridícula, la Misia rezó un aparente Padre Nuestro a medias, roció el féretro con descarados salivazos, se vomitó sobre la piel cuarteada de un flacuchento y pulgoso perro callejero y bajo las carcajadas burlescas de los machos mamagallistas, la señorona con rostro de satisfacción marchó tranquilamente para su casa.

Era su costumbre sentarse todas las tardes bajo la sombra de un palo de mango, plantado frente a su vivienda, en una acogedora silla giratoria, tendiendo a la mano un inmenso libro donde solía escribir los nombres de los machos enamoradizos quienes, según ella, tenían que morder el polvo prontamente por mamarrachos. Después de abanicarse con un pañuelón harapiento y descolorido, a palmazos espantaba los zancudos imaginarios que revoloteaban a su alrededor.

Más tarde montaba sobre la grupa de un asno flacuchento y peludo, salía rápidamente camino al cementerio a ocuparse en leer las inscripciones de las

lápidas recientes; y si por casualidad encontraba algún nombre de los que conformaban la larga lista, chistosamente escribía este epitafio sobre la tumba "otro hijuemadre que marchó para la puta mierda. Modorra! Aquí acabaron tus fechorías, pillo holgazán y mal hablado".

Cuando era adolescente la Misia hacia todo clase de travesuras impropias de una señorita culta de familia distinguida y respetada. Un día en plena época de Semana Santa, con la complicidad de otras jovencitas insurrectas, inició tremenda alharaca dentro de la parroquia, sólo porque el cura párroco se negó rotundamente a oír sus desvergonzadas penitencias hasta no taparse sus partes cubiertas únicamente por un trapo de seda transparente con inmensos huequitos que dejaban al descubierto sus embutidas nalgas y como represalia, se orinó en el piso del confesionario y cuando el sacerdote encargado de la feligresía airadamente le reprendió por su acción de barbarie, descaradamente se despojó de sus prendas íntimas para luego modelar completamente desnuda por los alrededores del altar, bajo los estruendosos aplausos que le brindaban sus camaradas.

En época de estudios la expulsaron del internado por mala disciplina, una mañana puso una víbora inofensiva en el bacín de baño de profesores y como consecuencia de su imaginativa travesura, alumnos y demás profesores reían a carcajadas, cuando un profesor salió del baño en veloz carrera completamente desnudo, emitiendo alaridos ensordecedores y con el reptil enrollado en su

cuerpo. El sujeto corrió por toda el aula, hasta introducirse en la oficina de la rectora donde se llevaba a cabo una importante reunión de monjas que armaron al instante una verdadera bullaranga.

El día en que se llevó a cabo la boda más importante de ese pueblo esclavizado, le contrataron para ocupar el cargo de cocinera. Cuando la fiesta estaba en su furor, la señorona repartió entre la chusma, humeantes totumas repletas de caldo que olían a peste y al poco tiempo un chiquillo travieso que husmeaba entre los trastos de la cocina descubrió en un saco de la basura los desechos de unos cachorros caminos. De inmediato el muchacho dio la alarma y todo se convirtió en un caos total; los enardecidos invitados bajo las contusiones y vómitos, fueron evacuados rápidamente a un centro hospitalario mientras la señorona se esfumaba perdiéndose del pueblo durando un largo periodo.

Verdaderamente las vainas y ocurrencias de la Misia no tenían límites. Una vez repartió entre las amistades del pueblos unas boletas para una rifa sorpresa y vaya que fue toda una sorpresa! El ganador indignado y vociferando una serie de palabras obscenas contra la pícara hembra, tuvo que conformarse con la triste idea de poseer una letrina repleta con desechos humanos ubicada al fondo del descuidado y anegadizo patio de la vivienda de la Misia. Ese mismo año una multitud de lagartos "soba chaquetas", ofrecieron un agasajo al señor burgomaestre en plena plaza publica por estar cumpliendo un año mas de vida y cuando la primera autoridad proclamaba su aburrido discurso, la doña a

escondidas saltó un enjambre de abejas que guardaba cuidadosamente en una caja de cartón sellada, armándose tremendamente confusión y al final del cuento fueron muchos los huevones que terminaron con el rostro inflamado a causa de las picaduras sufridas.

Es que yo creo que eso de chiflada viene de herencia, porque su abuela cuando vino a este pueblucho miserable, era una jovencita desnutrida, con un rostro demacrado, cabeza rapada, descalza, con una franelita destruida y unos pantalones cortos y demasiado anchos, al que tenía que atar con una majagua a la cintura, para que no se le cayera. Usaba una bolsa plástica repleta de chécheres que recogía en los diferentes sitios donde depositaban la basura y un anticuado escopetón terciado al hombro, el cual usaba para amedrentar a los buenos ciudadanos que le querían expulsar del lugar que había escogido como vivienda. Vea Mister desde que esa vieja gruñona llegó a este paraíso, eche!, las vainas cambiaron como el carajo. La muy miserable se adueñó de un patio contiguo a la parroquia, el cual estaba abandonado, alegando ser la dueña, porque lo había adquirido legalmente en una subasta junto con la destruida iglesia en París. Vaya usted a saber que mierda es París. Desde entonces se suscitaron muchos problemas y conflictos entre los habitantes y la alocada anciana, quien construyó alrededor de la parroquia una verdadera fortaleza, con cercas de alambre de púas y estacas enterradas en la tierra, al que según sus pregones, estaban envenenadas.

En vista de tanto temor de los parroquianos, no hubo más recursos que dejar que ella construyera su imperio, una casucha conformada por cuatro palos de mataratón, techo de palma y paredes de cartón sobre el fangoso terreno del patio contiguo a la iglesia. Cuando la anciana falleció, la sala se hallaba rebosada, a causa de la cantidad de personas que llegaban para el funeral. Algunas en desacuerdo con la Maria, con su rostro empapado de sudor, discutían acaloradamente porque ella insistía que a su abuela había que enterrarla en un lugar de prestigio, como la alcaldía o la casa cural.

A poco se vino abajo un repentino y torrencial aguacero acompañado de fuertes brisas, los chorros de agua se filtraban a cantaros a través de los huecos del techo envejecido. Los arroyos fueron saliéndose de su caudal, interrumpiendo en la sala la velación con su devastadora fuerza que arrastró el ataúd fuera del pueblo.

A pocas horas el féretro fue hallado por varios machos que se ofrecieron para salir en su búsqueda. En manos de unos traviesos chiquillos que jugaban al navegante en un jagüey cercano, pero el colmo de la suerte de la difunta, fue cuando el ataúd era depositado nuevamente en la sala de un sujeto chistoso y mamagallista. Tumbó de propósito la lámpara de petróleo que iluminaba por completo. El pánico y el horror se apoderó de todos los allí presentes, quienes en estampidas, trataban de salir del lugar y fue allí donde el techo se les vino encima, entonces el caos era causa para morir de la risa.

Una vez ella vociferó por todo el pueblo que estaba embarazada del Señor Cura, quien la había obligado una noche en que estaba completamente embriagado, ha hacerle el amor en el confesionario. Éste, apenado con sus feligreses tuvo que hacerle acreedor a sanciones impuestas por sus superiores y cabizbajo aceptó, la confrontación inevitable de su reemplazo y luego que el elocuente hombre fuera desterrado, ella confesaba que lo había hecho porque el cura se había negado a lavar sus pantaletas.

El cliente sin importarle que sus zapatos hubieran quedado en un estado lamentable, arroja sobre las manos callos del anciano unos mugrientos billetes, mira de reojo a la anciana y piensa tristemente que aquella invalida mujer le recuerda un poco a la abuela cuando chancleteando por toda la vivienda, arreglando todo sin dejar de discutir con los duendes del desorden que por siempre se han apoderado de sus traviesos y escurridizos nietecillos, no dejaba de narrarle anécdotas increíbles de una época irreversible.

FIN